

La panóptica de Gotham: los mecanismos de poder mediante la configuración de la ciudad

A panóptica de Gotham: os mecanismos de poder mediante la configuração da cidade

The panopticon of Gotham: the power mechanisms through the structure of the city

Iván Sánchez-Moreno; Daniel Salvador

Grup d'Història de Nou Barris/Grup d'Investigació Film-Història; Universitat Oberta de Catalunya

RESUMEN:

La ciudad de Gotham es un personaje más en las aventuras de Batman. No solo sirve como escenario y reflejo de la degradación de la ciudad, sino que sus edificios, sus calles y su distribución permite a Batman ejercer su control sobre la urbe. Gotham es un lugar especialmente aislacionista, en parte debido al gran flujo de crimen que reside ahí. Por esa y otras razones, Gotham sigue el patrón de los dispositivos panópticos que Michel Foucault analizó para definir y describir las relaciones de poder y vigilancia en instalaciones de reclusión. Con ese motivo en mente, profundizaremos sobre el efecto de las heterotopías en la neutralización de la resistencia de los ciudadanos contra una normalización vigente, e investigaremos acerca de cómo se construye un nuevo cuerpo de poder encarnado en un vigilante enmascarado mediante la legitimación por parte de la población civil.

Palabras clave: Michel Foucault; Batman; Panóptico

RESUMO:

A cidade de Gotham é mais um personagem nas aventuras do Batman. Não serve apenas como palco e reflexo da degradação da cidade, mas seus prédios, suas ruas e sua distribuição permitem que Batman exerça seu controle sobre a urbe. Gotham é um lugar especialmente isolacionista, em parte devido ao alto fluxo de crimes que ali reside. Por essa e outras razões, Gotham segue o padrão dos dispositivos panópticos que Michel Foucault analisou para definir e descrever as relações de poder e vigilância nas instalações prisionais. Com esse motivo em mente, nos aprofundaremos no efeito das heterotopias em neutralizar a resistência dos cidadãos contra uma normalização vigente, e investigaremos como um novo corpo é construído de poder corporificado em um vigilante mascarado por meio da legitimação da população civil

Palabras-chave: Michel Foucault; Batman; Panóptico

ABSTRACT:

Gotham's city is a character itself in Batman's adventures. Not only serves a stage and reflection of the degradation of the city, but also its buildings, streets and inner distribution allows Batman to keep control over the city. Gotham is a specially isolationist place, mostly due to the large flow of crime that comes from there. For these and other

reasons, Gotham follows a pattern of the panopticon settings that Michel Foucault analyzed to define and describe the relations of power and surveillance in seclusion facilities. Taking that into account, we will inquire deeper about the effect of heterotopias in the neutralization of the resistance of citizens against a current standardization and we will research about how a new object of power embodied within a masked vigilante is built by means of the legitimation from part of the civil population.

Key-words: Michel Foucault; Batman; Panopticon

DOI:10.12957/mnemosine.2021.62170

Introducción

Cuando Batman es expulsado de su lugar como vigilante en el espacio urbano de Gotham, ¿cómo se reestablece el orden que el ciudadano legitima como suyo? Ésta es la cuestión que vertebra el siguiente trabajo, tomando como punto de partida la trilogía de *comic-books* que centra nuestro estudio: El Regreso del Caballero Oscuro (MILLER y JANSON, 2017), El Señor de la Noche Contraataca (MILLER y VARLEY, 2005) y La Raza Superior (MILLER *et al.*, 2020). Como gran parte del público mayoritario sabe, Batman es la identidad secreta del personaje ficticio Bruce Wayne, un millonario que empieza su cruzada contra el crimen tras presenciar el asesinato de sus padres por un ladrón común en un callejón cuando era tan solo un niño. Dicho evento traumático le marcará hasta el punto de emprender una carrera como justiciero enmascarado al margen de la ley, actuando casi siempre de noche y poniendo todos sus recursos disponibles para sanear de criminales la ciudad de Gotham, la cual se convertirá en su particular reino urbano.

El objetivo principal que se pretende con este estudio es analizar el modo como se construye una modulación panóptica en el espacio físico de Gotham que garantice la vigilancia y la normalización de todos sus habitantes, a partir del estudio de la serie de *comic-books* protagonizada por Batman. Para ello, formularemos el desarrollo de este trabajo en los siguientes objetivos específicos:

1. Describir y exponer los orígenes epistémicos de la ficticia ciudad de Gotham.
2. Mostrar los principales cambios estructurales que afectan la estabilidad ciudadana de Gotham durante un período de crisis social.
3. Detallar el proceso de consolidación de nuevas heterotopías que eliminen la resistencia de los individuos a la normalización impuesta.

4. Criticar la ambigüedad moral existente en el ejercicio de libertad civil entendida como integración de los dispositivos de seguridad panóptica en la conciencia ciudadana.
5. Analizar la construcción de un nuevo objeto de gobierno basado en la legitimación ciudadana del vigilante.

¿Quién vigila a los vigilantes?

El interés que suscitan los superhéroes de cómic reside en aspectos fundamentales para el estudio del derecho y la psicología, disciplinas ambas que permiten analizarlos críticamente como modelos de conducta ideal e idealizados sobre el papel del ciudadano frente al deber moral, la conducta ética y su función en la sociedad. La trilogía compuesta por *El Regreso del Caballero Oscuro* (MILLER y JANSON, 2017), *El Señor de la Noche* *Contraataca* (MILLER y VARLEY, 2005) y *La Raza Superior* (MILLER et al., 2020) convida precisamente a reflexionar sobre la naturaleza misma de la autoridad, puesto que confronta a justicieros vigilantes como Batman, que actúa al margen de la autoridad oficial, y Superman, amparado éste por el proteccionismo gubernamental. No en vano, otro *comic-book* contemporáneo al primero de los citados como fue *Watchmen* (Moore y Gibbons, 2013) también partía de una crítica a la impunidad de los superhéroes en sociedad. De hecho, un verso del poeta Décimo Junio Juvenal (60-128 d.C.) fue el *leitmotiv* de dicho cómic: *Quis custodier ipsos custodies?* (“¿quién vigila a los vigilantes?”).

Por vigilantes, partimos de la acepción de Foucault (1986) y Skoble (2017). Para entender la acepción que defiende el primero conviene atender a la mecánica de la vigilancia jerarquizada que vertebra toda sociedad. Para Foucault, dicha vigilancia se convierte en un sistema integrado de autodisciplina de toda la comunidad, organizada de manera difusa y extendida invisiblemente por toda la red social, de tal modo que ejerza un poder múltiple, anónimo y automático. La vigilancia reposaría sobre los propios individuos que componen toda la comunidad, pero su funcionamiento implicaría tanto una relación de arriba abajo como a la inversa y lateralmente. Atraviesa por tanto todos los ángulos de la dinámica social, por lo que los ciudadanos, creyéndose eternamente vigilados, se estarían auto-reprimiendo a sí mismos y estarían atentos al comportamiento de los demás con el fin de no romper ese tenso *statu quo*.

Aunque se conciba un “jefe” en lo alto de la cúspide piramidal que organiza la comunidad, en realidad no sería necesario que ésta exista porque lo que importa de veras es que la

vigilancia actúe como una maquinaria de autorregulación. Por el contrario, no es imprescindible que una figura, entidad o institución vele patriarcalmente como vigilante omnipresente desde las alturas. Basta con infundir el miedo al castigo o a la sanción para que se ejecute por sí mismo dicho mecanismo de vigilancia entre la población misma. Este fenómeno permite que el poder disciplinario de vigilancia sea a la vez discreto e indiscreto, omnisciente pero invisible, “ya que está por doquier y siempre alerta, no deja en principio ninguna zona de sombra y controla sin cesar (...), ya que funciona permanentemente y en buena parte en silencio” (FOUCAULT, 1986: 182).

Para Skoble (2017), en cambio, la figura del vigilante comprende a todas aquellas personas que se autoerigen como justicieros que combaten la delincuencia de forma independiente y al margen de las autoridades legales. Skoble incluye en este grupo a los superhéroes de cómic que, disfrazados con un uniforme propio, creen fervientemente en que su papel en la sociedad es tan urgente como necesario y que lo que hacen es un deber moral que sirva de ejemplo para todo el mundo. Batman sería, en este sentido, un elemento subversivo parapolicial que actúa por su cuenta contra el crimen pero que, aun así, goza de cierta impunidad por parte de la policía, que se sirve intencionadamente de su colaboración cuando sus fuerzas se ven mermadas. En la trilogía de *comic-books* antes mencionada, Frank Miller llevó hasta el extremo este carácter reaccionario del personaje, a pesar de que un sector de la población le sigue tomando por un verdadero paladín de la justicia que no se deja corromper como otras instituciones de la sociedad. Por el contrario, Batman opina que Superman sí es un ejemplo de superhéroe que se ha dejado comprar por los intereses del gobierno, pues actúa a sus órdenes para frenar la actuación de los vigilantes libres ante la ley.

Por su parte, Umberto Eco (2003) partirá del supuesto trasfondo moral que incita a los superhéroes a actuar en pro de los valores de una comunidad, siempre que su acción se dirija a la instauración de un orden social que habrían transgredido los supervillanos de turno. Para Eco, Superman sería el prototipo perfecto de esta corriente de pensamiento moral. Por el contrario, Hernández Cano (2009) tiene en cuenta que la concepción de los superhéroes del cómic encarnan una justicia que parece estar por encima de la ley, pues sus principios morales se sitúan más allá de toda contingencia política. Pero el autor también es consciente de lo fácil que resulta malinterpretar sus actuaciones impulsadas por una motivación de carácter fascista o bien tomarse como ejemplo para la sociedad con el fin de inspirar un cambio radical en la conducta ciudadana. El interés de Hernández

Cano radicará por tanto en la reinterpretación de la figura del vigilante dentro de la tradición de violencia populista y fuera de la ley que se remontaría no sólo a las milicias revolucionarias, sino a los propios fundamentos del fascismo reaccionario. No debe olvidarse que, en la década de 1950, un psiquiatra como Fredric Wertham (1895-1981) conminó al gobierno estadounidense a ejercer un fuerte veto sobre los cómics por fomentar la violencia entre la población que los consumía, destacando que el propio nombre de Superman provenía del concepto de *Übermensch* (“superhombre”) que centraba toda la filosofía de Friedrich Nietzsche (1844-1900) que se convertiría en *leitmotiv* para el nazismo.

El objeto de estudio que ocupa nuestro trabajo enfoca la mirada sobre la relación que se configura entre la práctica social en tiempos de crisis urbana y la distribución espacial que los agentes implicados ocupan en cada momento. Por ello se hace conveniente acudir a las teorías de Michel Foucault (1926-1984) para analizar la presencia de Batman en el marco urbano de Gotham. Las teorías del filósofo francés permiten aplicar un estudio del espacio para entender la lógica dinámica que estructura el modo de proceder de la población, recurriendo en tal caso a su interés por los dispositivos panópticos y el concepto de heterotopía. En el análisis foucaultiano de la gubernamentalidad, la noción del vigilante cobra una significativa importancia para garantizar la tranquilidad del gobernante soberano, pero también como estrategia para inculcar conductas de obediencia y sumisión.

La ciudad como concepto

Históricamente, la ciudad se entiende como un modelo de racionalización de un conglomerado heterogéneo de personas, las cuales habitan en un espacio integrado en un sistema de poder jurídico-administrativo, articulado a su vez mediante una disposición urbanística singular. Al respecto, el propio Foucault (2007) relacionaba la constitución de las ciudades con formas muy concretas de poder. Así, distinguía la *Metropolité* de La Maitre como ejemplo de ciudad soberana, Richelieu como modelo de ciudad disciplinaria y, por último, Nantes bajo las condiciones de seguridad que van a centrar su trabajo. Son estas últimas las que interesan aquí por revalorizar el concepto de ciudad “acondicionando un medio en función de una serie de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar en un marco polivalente y transformable” (op. cit.: 40).

La propia configuración de una ciudad sugiere ya la previsión de un modo de articular la vida que se desarrollará entre sus lindes. Como ejemplo de lo antedicho,

Brinkman-Clark (2013) muestra un documento de un ilustrado francés datado en 1768 en el que dibuja la ciudad de Montpellier como un conjunto de estados que estructuran y vertebran “el panorama de un estilo de vida” con el fin de dotar de sentido al mundo que enmarca toda ciudad entre sus límites fronterizos. Para ello, el ciudadano propone en su utópico proyecto comprender la ciudad no como espacio, sino como lugar. La distinción no es nada caprichosa, pues un lugar imprime un orden en la distribución de los elementos de coexistencia, es decir, una configuración más o menos estática de las posiciones que ocupa cada cual. En cambio, el espacio es el paso siguiente al del lugar una vez se introducen en éste los vectores de dirección y las variables de velocidad y tiempo; en otras palabras, “el espacio es un lugar practicado” (op. cit.: 167).

La pretensión inicial es que la concepción de un lugar o de una ciudad-concepto carezca de connotaciones físicas, psicológicas y políticas que pudieran comprometerla, con el fin de articularlo de manera universal. Por el contrario, la concepción de un espacio introduce un número de propiedades estables, aislables y articuladas unas sobre otras que afectan de forma previsible las relaciones entre los distintos agentes que conviven en dicho lugar. El espacio es, pues, “un cruzamiento de movilidades”, así como “el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan”. En consecuencia, “la calle geoméricamente definida por el urbanismo se transforma en espacio por intervención de los caminantes” (op. cit.: 168), mientras que el lugar sólo imprime un orden a partir del momento en que se introduce una organización en el espacio. Para que un lugar adquiriera valor como espacio debe instaurarse una organización especulativa y clasificadora de las operaciones que van a administrar su dinámica. Esto equivale, primero, a plantear una distribución de cada función según zonas y barrios, pero también convocar –ya sea implícita o explícitamente– el rechazo de lo que no es tratable mediante ese gobierno organizativo por suponer un deshecho de la propia administración funcionalista. Lo que quedaría al margen (esto es, marginado) del interés organizativo sería tildado así de anormal y de desviado.

Ha de estallar un conflicto social lo suficientemente explícito como para hacer visible lo que hasta entonces habría quedado soterrado en la marginalidad como un espacio heterotópico incómodo, pero inevitable. Entendemos por tal conflicto el que surge del choque entre varias fuerzas que buscan tomar un lugar en el espacio en litigio, con el fin de extender su hegemonía y su poder a través de la dispersión espacial. Foucault se sirve del término “acontecimiento” para referir la misma idea, siendo aquél no sólo

“una decisión, un tratado, un reino o una batalla sino una relación de fuerzas que se invierten, un poder que se cosifica, un vocabulario recuperado” (citado por TORO-ZAMBRANO, 2017: 22). El acontecimiento y, por ende, su respectivo choque de fuerzas, se da en distintos espacios, que a su vez conglomeran uno mayor en el que participan. La cercanía, el desnivel, la forma, la distribución, la conectividad y, en definitiva, la relación entre los diferentes subespacios, forman parte de la dinámica que contribuye a mantener y transformar las relaciones de poder y saber que se dan entre dichas fuerzas que habitan. Así, todos los elementos que configuran una determinada estructura en el lugar que ocupan, otorgarán de valor y contenido a la realidad que circunscribe el marco de su dominio. Si cambia de lugar o de posición alguno de estos elementos, sus relaciones modifican toda la estructura: “si cambia la parte, cambia el todo” (op. cit.: 22).

La noción de heterotopía

Un concepto clave en referencia al análisis de la ciudad de Gotham que queremos proponer es el de heterotopía, a partir de lo que dictó Foucault (2008, 2014) en tres conferencias pronunciadas entre 1966 y 1967. Por tal, el filósofo entiende el conjunto de dinámicas que, ya sea implícita o explícitamente, moldean el contexto urbano en el que se encuentran de manera alternativa. De hecho, entiende una heterotopía desde el significado de “un lugar otro”, es decir, un espacio no institucionalizado u oficial. Foucault (2008: 40) explica con muy bellas palabras su propia concepción del espacio heterotópico:

no vivimos en un espacio neutro (...). Vivimos, morimos, amamos en un espacio cuadrículado, recortado, abigarrado, con zonas claras y zonas de sombra, diferencias de nivel, escalones, huecos, relieves, regiones duras y otras desmenuzables, penetrables, porosas; están las regiones de paso: las calles, los trenes, el metro; (...) los cafés, los cines, las playas, los hoteles; y además están las regiones cerradas del reposo y del recogimiento. Ahora bien, entre todos esos lugares que se oponen a todos los demás y que de alguna manera están destinados a borrarlos, compensarlos, neutralizarlos o purificarlos. Son, en cierto modo, contraespacios. Los niños conocen perfectamente dichos contraespacios, esas utopías localizadas: por supuesto, una de ellas es el fondo del jardín; (...) o, mejor aún, la tienda de apache erguida en medio del mismo; o bien, un jueves por la tarde, la cama de los padres. Pues bien, es sobre esa gran cama que uno descubre el océano, puesto que allí uno nada entre las cobijas; y además, esa gran cama es también el cielo, (...) es el bosque, pues allí uno se esconde; es la noche, dado que uno se convierte en fantasma entre las sábanas (...). A decir verdad, esos contraespacios no sólo son una invención de los niños; y esto es porque, a mi juicio, los niños nunca inventan nada: son los hombres, por el contrario, quienes, susurran a aquéllos sus secretos maravillosos, y enseguida esos mismos hombres, esos adultos se sorprenden cuando los niños se los gritan al oído. La sociedad adulta organizó ella misma, y mucho antes que los niños, sus propios contraespacios, sus utopías situadas, sus lugares reales fuera de todo lugar. Por ejemplo, están los jardines, los cementerios; están los asilos, los burdeles; están las prisiones.

A esta enumeración cabría añadir también los manicomios, que han sido uno de los objetos de estudio más apreciados por Michel Foucault (2005, 2006, 2016), así como las ferias –emplazadas puntualmente en los márgenes de la ciudad en fechas excepcionales o en la plaza mayor durante los días festivos–, los museos, las bibliotecas –“heterotopías en las que el tiempo no cesa de amontonarse y de encaramarse sobre sí mismo”. El ejemplo del cementerio reaparecerá también en *Los espacios otros* (FOUCAULT, 2014):

Hasta el siglo XVIII, el cementerio se encontraba en el corazón mismo de la ciudad, a un lado de la iglesia. Existía allí toda una jerarquía de sepulturas posibles. Estaba la fosa común, en la que los cadáveres perdían hasta el último vestigio de individualidad, había algunas tumbas individuales, y también tumbas en el interior de la iglesia. (...) En todo caso, a partir del siglo XIX cada uno tiene derecho a su pequeña caja para su pequeña descomposición personal; pero, por otra parte, recién a partir del siglo XIX se empezó a poner los cementerios en el límite exterior de las ciudades; correlativamente a esta individualización de la muerte y a la apropiación burguesa del cementerio nació la obsesión de la muerte como “enfermedad”. Se supone que los muertos llevan las enfermedades a los vivos, y que la presencia y la proximidad de los muertos al lado de la casa, al lado de la iglesia, casi en el medio de la calle, propaga por sí misma la muerte. (...) Los cementerios constituyen entonces no sólo el viento sagrado e inmortal de la ciudad, sino “la otra ciudad”, donde cada familia posee su negra morada.

La noción clásica de ciudad la describe como un conjunto jerarquizado de lugares: sagrados y profanos, protegidos o abiertos, urbanos o rurales, etc. Según Foucault, lo que definía los bordes de una ciudad eran los lugares que integraba en oposición a otras localizaciones. En las heterotopías, en cambio, dichos bordes no quedan nada claros, pues se diluyen o se enquistan según la fuerza de la tensión que ejercen dentro de la ciudad-concepto.

Por tal razón, la heterotopía ha sido vista por León y Urabayen (2018) como un lugar que se yuxtapone en el espacio para favorecer el empoderamiento de los ciudadanos que se oponen a la homogeneización y a la normalización provocadas por el poder disciplinario. La heterotopía, por tanto, puede verse como la antítesis marginal y decadente de los estamentos de orden y control que pretenden gestionar una ciudad. No aparece por consenso ni con un significado convencional, sino a través de un acontecimiento crítico o imprevisto que no había sido contemplado o predicho en el diseño utópico de la ciudad. Por el contrario, aceptar la heterotopía dentro del marco urbano exige renunciar al concepto clásico de ciudad entendida como organización espacial que asegure el ejercicio de unos derechos cívicos y la configuración de una vida social alrededor de los edificios desde los que se detenta el control y la gestión del sistema

político y el poder soberano, es decir, los órganos que conciben la ciudad como una máquina de normalización y domesticación de todos los individuos que la habitan.

Ésta es también la visión que Perea (2008) arroja sobre el concepto foucaultiano de las heterotopías, las cuales recogen el poso de lo que ha quedado en la ambigüedad, en el desorden o en la autoregulación de lo marginal. No evitan ni suprimen el desafío con el poder establecido sino que más bien apuntan a revelarlo o superarlo. No en vano, suelen aparecer en situaciones de crisis, cuando los poderes de gobierno se desentienden de estos sectores de la ciudad. Perea sugiere asumir la heterotopía como un organismo urbano hecho de rupturas, accidentes y discontinuidades respecto al modelo de ciudad-utopía y que se plantean como una respuesta patológica de la sociedad misma. Estos espacios heterotópicos son exclusiones del sistema homogéneo del cual se desgajan, pero paradójicamente el seguimiento de su construcción y deconstrucción permite entender la regularidad, el sentido, la estructuración y las reglas que tiene la historia del sistema del cual se desmarcan. En palabras de Foucault (citado por TORO-ZAMBRANO, 2017: 24): “Me pareció interesante intentar comprender nuestra sociedad y nuestra civilización mediante sus sistemas de exclusión, sus formas de rechazo, de negación, a través de lo que no se quiere, a través de sus límites, del sentimiento de obligación”.

Si nos interesa aquí el análisis de las heterotopías es porque influyen invisible y poderosamente en el espacio de la vida urbana, definiendo ésta como una composición en el plano espacial que integra lo geográfico, lo demográfico y lo psicológico. Permiten así definir la intrínseca conexión que se genera entre el territorio urbano, el espacio y la arquitectura desde los aspectos morfológicos y tipológicos que definen los escenarios de interacción social. Según la lectura que hace Posada (2014), las heterotopías brotan de la propia insatisfacción de los ciudadanos contra el sistema que regula su propia vida urbana. Las heterotopías son, por lo tanto, una respuesta de protesta contra la idea de ciudad-utopía con el objeto de promover cambios profundos en su estructura de base, lo que lleva a la desintegración de la legalidad y la conjugación de nuevos modos de establecer la seguridad ciudadana. En definitiva, la heterotopía es una acción determinada –aunque no siempre cohesionada– en un espacio habitado, pero no aparece como afirmación de las certidumbres que promueve un modelo de ciudad-utopía, sino como resistencia civil ante las fallas funcionales y organizativos de aquélla.

La ciudad-utopía persigue únicamente la necesidad de asegurar el respeto a un orden público, pero las heterotopías ponen en evidencia que la planificación gubernamental, las políticas públicas legales y la educación cívica interpretan cada vez

menos los procesos complejos que caracterizan las relaciones urbanas contemporáneas. La heterotopía, más que una contrautopía, es una liberación de la norma establecida. No en vano, el propio Foucault (2014) define la utopía como un emplazamiento sin lugar real, por lo que su aplicación a un diseño urbano implica asumir la perfección de una sociedad que, sin embargo, carece de una localización clara debido precisamente a su naturaleza irreal. La utopía “es un lugar sin lugar”, se la pretende fijar en algún sitio determinado a la fuerza, pero las heterotopías son pasajeras y espontáneas, aunque pueden consolidarse sin pretenderlo.

El contexto de estudio: Gotham como ciudad-concepto

La simbiosis entre la ciudad de Gotham y el carácter hosco y vengativo de Batman es, desde los inicios del cómic en cuestión, una constante que no pocos guionistas y dibujantes han insistido en remarcar. Tan estrecha es la relación que Batman mantiene con su ciudad natal que en otros ambientes parece sentirse agobiado y fuera de su hábitat natural. “La ciudad es tan oscura y tenebrosa como su guardián”, reconocen Maroto y Alboreca (1999: 87), y así lo advierte también el psiquiatra Jesús Antonio Ramos (2000: 65) en su particular ensayo sobre el justiciero enmascarado:

Los autores de Batman han querido que Gotham sea una ciudad misteriosa, oscura y violenta. Las edificaciones que configuran tan despiadada urbe están coronadas por numerosas gárgolas que observan, con ojos vigilantes, a los ciudadanos que circulan bajo sus pies. Las noches, poco iluminadas, están repletas de peligros. Y sus días apenas son más luminosos debido al espeso manto de nubes y residuos industriales volátiles que impiden el paso de los rayos del Sol. En ese medio impera el crimen, la corrupción y la violencia. La tensión flota en el aire, como la bruma matinal lo hace en el puerto de la gran metrópoli. Ésa es la razón por la que los habitantes de Gotham viven en un estado de desasosiego permanente que, por cotidiano, casi les pasa inadvertido.

Inicialmente, la ciudad carecía de nombre. El guionista Bill Finger, que junto al dibujante Bob Kane creó al famoso personaje en 1939, barajó la posibilidad de bautizarla como Civic City, Capital City o Coast City, a pesar de que muchos lectores creían reconocer en sus paisajes urbanos el *skyline* de Nueva York. No será hasta 1941 que adquirirá el topónimo de Gotham que, según los autores, proviene de la unión de las palabras *God Damn* –“la maldición de Dios”– y cuyos orígenes se remontarían a una leyenda que asegurara que sus primeros pobladores fueron poseídos por la locura y la depravación. Quedó asimismo convenido que era esencial remarcar el lado marginal de la ciudad, dotándola de elementos arquitectónicos y ornamentales que recordaran sus orígenes góticos, su pasado como puerto pirata y la atracción que producía su feroz

industrialización en las ingentes masas de inmigrantes procedentes de Europa y del resto del país –millones cada año, según rezaba una historieta de esas fechas (MAROTO y ALBORECA, 1999: 87)–. Algunos edificios cobrarían un especial protagonismo en su orografía porque identificarían las principales empresas que nutren las arcas de la ciudad, como la Torre de la Fundación Wayne o el manicomio Arkham. Así, Gotham debía representar en palabras de Maroto y Alboreca (op. cit.: 88) “un lugar oscuro y tenebroso donde cualquier sombra puede significar peligro, pero un guardián menos oscuro vela todos los inocentes”, en definitiva, “una ciudad donde no se desearía vivir”. No en vano, en una confesión de la ficticia Carrie Kelley, la sumisa compañera de Batman, describe la ciudad de Gotham como un lugar indeseable para el desarrollo de una adolescente como ella (MILLER *et al.*, 2020: 243):

Cuando era joven, soñaba con irme de aquí. Abandonar todo esto, sin mirar atrás nunca... y sin regresar jamás. Tener la meta de escapar de este cenagal. Me daba miedo. Un miedo y un asco de pelotas. Era un lugar donde sólo los fuertes podían sobrevivir. Era un lugar capaz de masticar a los débiles y luego escupirlos a la cara de sus habitantes.

Ejemplo del caos en que pervive la ciudad de Gotham es la toma del manicomio Arkham que se describe en *El Señor de la Noche Contraataca* (MILLER y VARLEY, 2005). Cinco años antes de la historia que se narra en dicho *comic-book*, los pacientes allí recluidos se amotinaron cobrándose numerosos rehenes entre los guardias de seguridad, el personal médico y un grupo de estudiantes de sociología que estaba ese día de visita en el centro sanitario. Sin embargo, las autoridades se desentendieron del caso y tan sólo se comprometieron a vigilar el lugar impidiendo que nadie abandonara el manicomio. Desde entonces, nadie ejercía ningún control dentro de sus dependencias.

Desde una perspectiva jungiana, Terrill (1993) propone una lectura de Gotham en términos psicológicos como una representación metafórica del mundo consciente. Entendido como un espacio que configura verticalmente la estructura mental, la propia configuración lineal y urbanística de las calles trataría de trazar una ordenación de los flujos de conciencia. Paralelamente, el *skyline* de la ciudad dibujaría un reflejo vertical de la estructura mental en tanto que, desde las alturas de los edificios más altos se ceñiría la vigilancia por parte de las figuras instituidas para su gobierno –Batman, la comisaria Yindel, Superman desde el cielo–. Terrill sugiere que el nivel de conciencia más elevado estaría representado por las azoteas de los edificios más emblemáticos de Gotham, desde las cuales observar y vigilar cuanto se produzca en el nivel más inferior o inconsciente, el de las calles oscuras, donde campa lo irracional y lo criminal. Las gárgolas que ornan

algunos de estos edificios inspiran las formas grotescas que no son más que una proyección del temor que, a nivel particular, se acredita al superyó individual de cada ciudadano. Batman sería otra de estas representaciones de autocensura y represión de los impulsos criminales. Conviene aquí insistir en que los edificios más altos de Gotham son, además, los que identifican los centros de poder político y administrativo, entre ellos los de la propia Fundación Wayne que dirige Batman cuando se desprende de su máscara y asume su identidad civil.

Siguiendo los preceptos panópticos descritos en Vigilar y castigar (1986), no en vano para Foucault la mejor vigilancia es la que se ejecuta desde un espacio central y cenital, como podrían ser las azoteas y tejados de los edificios más altos de una ciudad, generalmente ubicados en su corazón administrativo, alrededor del cual se irá configurando urbanísticamente el resto de complejos que alberguen las instancias de gobierno de la ciudad. La propia configuración de la ciudad ya implica una unívoca forma de arquitecturar el espacio vital de sus habitantes, estableciendo así una clara “jerarquización, la comunicación exacta de las relaciones de poder y los efectos funcionales específicos de esa distribución”, en las palabras de Foucault que citan León y Urabayen (2018: 188).

Asimismo, también es primordial que, según asume Foucault (1986), la vigilancia panóptica se mantenga siempre desde las sombras que quedan al margen de los focos de luz, pues ocultan, invisibilizan y detentan al mismo tiempo una posición estratégica que garantice la vigilancia de aquél o aquéllos que se sitúan a la vista de todo el mundo. De esta forma, el vigilado no sabe nunca cuándo es mirado, pero sabe a ciencia cierta que está bajo una constante supervisión. En su inverificación reside por tanto buena parte del poder de influencia de la vigilancia foucaultiana. La ciudad de Gotham funcionaría perfectamente como espacio de vigilancia tal y como la plantea Foucault en sus escritos.

Por su parte, Brinkman-Clark (2013) trastoca por completo el concepto de ciudad al desvincularlo de unos límites geográficos definidos o de un conjunto de habitantes concentrados en un lugar para definirla como un modelo de sujeto universal. No en vano, buena parte de las historietas protagonizadas por Batman tienen por objetivo sanear la ciudad de toda corrupción o salvarla de quienes amenazan con destruirla. La trilogía conformada por los títulos *El Regreso del Caballero Oscuro* (MILLER y JANSON, 2017), *El Señor de la Noche Contraataca* (MILLER y VARLEY, 2005) y *La Raza Superior* (MILLER *et al.*, 2020) insiste constantemente en esta obsesión. En

consecuencia, Brinkman-Clark (2013) propone una lectura de la ciudad no sólo como parte de la trama en la que se desenvuelve la trama sino también en el sujeto entramado al que hay que salvar.

En la serie de *comic-books* que ocupa este trabajo, la población de Gotham quedaría dividida en cuatro grandes grupos: los revolucionarios, provenientes del mundo marginal; las fuerzas del orden, que integrarían principalmente a la policía y al ejército; la aristocracia institucional, representado por los políticos –el alcalde, la comisaria Ellen Yindel, los delegados de la presidencia del país en la propia ciudad, etc.– y por todos aquellos personajes que, desde una posición de autoridad, se autoerigen como voz de la opinión popular; por último estaría el resto de los ciudadanos, que sin embargo parece ausente en todas las decisiones que se discurren entre los otros tres grupos citados y que serán, sin embargo, donde repercutirán con mayor gravedad las consecuencias de dichos actos.

En Gotham, la existencia de la marginalidad se cataloga como una contaminación que compromete las propiedades finitas y estables de la ciudad. La promulgación de una legislación *ad hoc* despojaría a los ciudadanos marginales de derechos mediante la exclusión social, pero en cambio ejerce el exilio en forma de presidio o encierro manicomial dentro del propio perímetro urbanístico. En el fondo, el criminal es reintroducido en la ciudad como un medio para justificar el empleo de las medidas de seguridad y regulación forzosa de los ciudadanos. Así se retribuye a sí misma de poder panóptico la propia configuración de una ciudad como Gotham.

Por otra parte, la mencionada trilogía de *comic-books* parte del protagonismo que tiene un vigilante “desde las alturas” y la revuelta social que promulga para recuperar “desde abajo” la posición estructural que quiere mantener para proteger su dominio en el espacio urbano de Gotham. El título del primer volumen de la saga, *El Regreso del Caballero Oscuro* (MILLER y JANSON, 2017), ya denota la voluntad del protagonista por volver a retomar su lugar como justiciero enmascarado, después de un largo ostracismo auto-impuesto. A medida que vaya avanzando la trama, la presión que Batman vaya ejerciendo sobre los estamentos de poder que se ciernen sobre Gotham irá alcanzando cotas estructurales cada vez más amplias, hasta alcanzar incluso una dimensión universal al abrir un conflicto bélico entre el ejército, los superhéroes – revestidos con un aura de divinidad– y hasta una especie extraterrestre (MILLER y VARLEY, 2005; MILLER *et al.*, 2020).

El mito clásico de Batman lo presenta casi siempre vigilando desde las azoteas de los edificios más emblemáticos de Gotham. Lugar, por cierto, en el que se instala el proyector con el que la policía convoca al justiciero enmascarado cuando el cuerpo policial reconoce su propia impotencia política. Convertido en un héroe marginal, Batman acabará actuando de manera ilegal desde el subsuelo de la ciudad. Esto ocurre a partir del momento en que queda supeditado a fuerzas aún mayores como la que ocupa Superman al apoyar medidas militares –un estado de sitio en Gotham–, detentando éste la posición de un dios que ya no se contenta con vigilar desde los tejados de la ciudad, sino desde el mismo cielo.

Las ventanas de Gotham y la propagación pública del discurso científico

La configuración panóptica influye asimismo en la distribución de las oberturas en un recinto carcelario. Según la propuesta que hizo originariamente Jeremy Bentham (2011) en el siglo XIX, los internos disponen de dos ventanas en sus celdas. La que da al exterior muestra el lugar vetado, y su percepción del mundo exterior se encuentra limitada a las características de dicha ventana (dimensiones, altura, ubicación, etc.); en lo que se refiere a la “ventana” interior, ésta es más ancha y da al lugar permitido y transitable (FOUCAULT, 1986: 203), acorde a unas reglas estipuladas. La información que se recibe respecto a la realidad –tanto exterior como interior a su espacio– proviene en todo caso de una retórica institucional amparada en una posición de autoridad para poder legitimarse a sí misma. La posibilidad de acceder a la realidad que rodea al espacio acotado por la configuración panóptica no es inexistente, sino amputada. Así, la percepción parcial del espacio aliena el sujeto puesto que el interno no tiene opciones de cotejar dicha información y, por lo tanto, de cuestionar el aparato discursivo (LUKIC, 2018). Esto es lo que le ocurre a los ciudadanos de Gotham al confiar las decisiones políticas en lo que las pantallas de TV alcanzan a explicar sobre los hechos que suceden dentro y fuera de la ciudad.

Volviendo a la configuración que describe Bentham (2011), la propia distribución de las ventanas vuelve visibles todas las celdas desde la torre central, pero aunque la torre es también visible desde todas las celdas, no lo es su interior. Los reclusos saben cuándo está ocupada –han visto entrar y salir de ahí guardias y personal médico– pero nunca saben si llega a quedar del todo vacía. De esta forma, el poder se automatiza y se despersonaliza, por lo que cualquiera puede ostentarlo (FOUCAULT, 1986: 205). Así se

emprende una autovigilancia y una vigilancia del otro, pero del otro igual. Los internos son segregados por los muros de sus celdas y sus relaciones no son individualizadas ya que sus interacciones están siempre supeditadas al orden institucional. Esta alienación les lleva a desarrollar más cercanía con la normativización que con sus propios compañeros, pues se sienten parte del discurso de poder a través de la dinámica de observar y ser observado (GUTIÉRREZ, 2015).

Como se ha dicho, en la trilogía de *comic-books* que estamos analizando las ventanas de Gotham son los televisores que encienden sus ciudadanos a través de los cuales se transmite el discurso de poder de los *mass-media*. Gotham padece en tal caso de cierto aislamiento, en parte porque sus peligros son de una magnitud más propia de un estado en guerra que de una mera ciudad sitiada, por muy metropolitana que sea. En el fondo, sus propios ciudadanos saben que es un lugar muy peligroso por el que transitar. Los medios de comunicación son en cambio un medio seguro –pero no fidedigno, como matiza Miller– para conocer la realidad, puesto que no requiere que el ciudadano se exponga a los peligros que exhibe. La crítica de Miller contra los *mass-media* es debida a que éstos rebajan el nivel del discurso político sin cuestionar los motivos de la violencia, salvo la justificación más reductiva respecto a la aceptación de su uso en manos de “los buenos contra los malos”.

De hecho, las pantallas de TV llevan el peso narrativo, interrumpiendo o condicionando el curso de los acontecimientos. En sus secuelas *El Señor de la Noche Contraataca* (MILLER y VARLEY, 2005) y *La Raza Superior* (MILLER *et al.*, 2020), la historia intercala las noticias que proyecta una TV, con un ritmo casi aleatorio como si se tratara de un constante *zapping*, así como continuos mensajes se escriben los ciudadanos de Gotham en *apps* de telefonía móvil. El personaje de la comisaria Ellen Yindel manifiesta su enfado ante la consentida manipulación popular de los medios: “¿Cómo dejamos que nuestras distracciones se convirtieran en nuestra principal preocupación? ¿Cuándo paramos de pensar?” (MILLER *et al.*, 2020: 24).

Al respecto, conviene retomar el concepto de sujeto heterodirigido de Umberto Eco (2003) que explica la influencia de los medios de comunicación en la interiorización de un deber moral, según lo planteado por Foucault (1986). El sujeto heterodirigido vive inmerso en una comunidad en la que se le insta constantemente –mediante la insistencia de los *mass-media*, la publicidad y toda suerte de campañas de persuasión– sobre aquello que debe hacer, pensar y desear. Esto también incluye la divulgación e internalización de unos valores sobre la auto-responsabilidad y el deber social, aunque se vista de elección

ideológica en manos del propio sujeto. En palabras de Eco (2003: 240): “se le dice: *tú debes desear tal cosa*. No se le invita, pues, a un proyecto, sino que se le sugiere que desee algo que otros han proyectado”.

Más importante resulta la propagación pública de un discurso científico que, por boca de una autoridad médica, fomentara una reacción masiva contra los superhéroes, como ocurre en toda la trilogía que centra este estudio (MILLER y JANSON, 2017; MILLER y VARLEY, 2005; MILLER *et al.*, 2020). Para ello, es imprescindible presentar la figura de Fredric Wertham, quien fue un psiquiatra especializado en adolescentes criminales en EE.UU. Wertham constató que muchos de sus pacientes eran ávidos lectores de cómics, y acusó a diversos superhéroes de ser un modelo erróneo para la mentalidad adolescente: tildó a Superman de fascista, consideró que Wonder Woman difundía el lesbianismo y las prácticas sado-masoquistas y Batman la homosexualidad. La insistencia de Wertham llevó al gobierno de los EE.UU. a aprobar en 1954 la constitución de un comité de censura –el *Comics Code*– que evaluara el nivel de violencia y sexualidad implícita en los cómics nacionales (HERNANDO, 2010; MAROTO y ALBORECA, 1999; Pérez, 2009).

Frank Miller parodió al doctor Wertham en la figura del dr. Bartholomew Wolper, uno de los psiquiatras del manicomio Arkham (MILLER y JANSON, 2017). En una de sus declaraciones públicas, Wolper diagnostica a Batman como un psicótico motivado por un patrón de conducta “sublimativo y psicoerótico” que se crece cuando se enfrenta a villanos que se sienten atraídos por él. En ellos, el psiquiatra interpreta una tendencia homoerótica, mientras que en el justiciero enmascarado sospecha una proyección narcisista sobre sus propias víctimas. En concreto, el dr. Wolper exculpa de toda responsabilidad criminal a los enemigos de Batman como el Joker, al que define como “una víctima de la psicosis de Batman” cuya naturaleza psicógena atribuye a la represión sexual (op. cit.: 127).

Como ocurriera con los partidarios del *Comics Code* instigado por Wertham, Miller hace intervenir en la historia la presión de varias asociaciones de padres y madres que piden al alcalde una orden de arresto contra Batman por ser “una influencia dañina para los niños de Gotham”. En la secuela *El Señor de la Noche Contraataca* (MILLER y VARLEY, 2005), dichas entidades insisten al presidente de los EE.UU. aprobar una ley que prohíba la aparición pública de un grupo de activistas por lucir disfraces de superhéroes, ya que, según la denuncia contra ellas, pervierten a sus hijos además de

exhibirse semidesnudas. En sus declaraciones a la prensa, el dr. Wolper advierte que “Batman ha infectado a la juventud de Gotham. La ha envenenado con su insidiosa excusa para el más violento de los comportamientos antisociales”, opinión que encuentra réplicas favorables en la concurrencia pública, apostando por someter a juicio a Batman o declararle víctima de algún trastorno mental (MILLER y JANSON, 2017).

La difamación contra Batman y el resto de superhéroes supondrá una conspiración política para expropiarles su aura de vigilantes de la sociedad, lo que provocará la revuelta de la ciudadanía al verse desprotegidos y que, contra todo pronóstico, rechazan el amparo institucional que impone el gobierno nacional. La divulgación de un discurso científico que pretende legitimar la represión gubernamental no sólo insiste en influir en la conciencia ciudadana, sino que también ejerce a su pesar un estímulo reactivo, creando a su vez heterotopías que se autoerigen para proteger la esencia gothamita, como se verá en el siguiente apartado.

El poder de la verticalidad de Gotham

El modelo biopolítico de Michel Foucault (2001, 2007) ofrece una visión más orientada a la gestión abierta de la población. En cambio, el modelo panóptico de Foucault (1986, 2008, 2014) parece inscribirse ante todo en un sistema disciplinario que resulta más específico para un ámbito institucional, para lugares cerrados y con una regulación temporal estricta. A continuación trataremos de relacionar ambos enfoques para comprender la intrínseca relación entre la disposición urbanística de la ciudad de Gotham y el tipo de comportamiento de los diferentes sectores de la población que se origina entre sus límites cuando estalla una crisis social.

Partiendo de la descripción que hace el propio Foucault (1986: 203) de lo que se entiende por un dispositivo panóptico, el esquema básico se basa en una periferia anillada de celdas permanentemente visibles alrededor de una torre central cuya elevada altura permite una constante vigilancia. Este principio está presente en Gotham, donde las diferencias económicas se reflejan mediante el desnivel físico. Los menos adinerados se sitúan en los suburbios, rodeados del asfalto de la acera y de los vapores provenientes del alcantarillado. Viven en edificios de escasas plantas, llenos de viviendas apretujadas y rodeados de vecinos puerta a puerta en tan precarias condiciones como las suyas. La gente pudiente, por el contrario, apenas son vistos a pie de calle. La mayoría trabajan y viven en rascacielos, aparentemente intocables al peligro por la distancia física que se sitúa entre ellos y la gente corriente. Se mantienen alejados al crimen, pero no ajenos. La

pobreza en Gotham es tan extrema como exagerada es la opulencia de su riqueza. No es que la corrupción exista solo en las clases bajas, sino que a veces proviene de las clases altas o se nutren de ella.

Aunque Bruce Wayne no forma parte de este entramado, sí pertenece a su estrato. Se sitúa en una situación de poder desde la cúspide socioeconómica en la que se encuentra, pero este rol lo sublima cuando se enfunda la máscara. Si la élite visualiza la ciudad desde sus rascacielos, Batman acecha desde las azoteas de dichos rascacielos. No por nada su iconografía proviene de un depredador insectívoro, el murciélago, cuya presa son los delincuentes. Bruce Wayne tiene privilegios sobre sus conciudadanos más pobres pero no respecto a sus congéneres de la *jet-set* de Gotham, mientras que Batman sí puede someterlos a todos, ricos y pobres, por igual.

Los jefes de los bajos fondos también hacen de su trono los edificios elevados, no solo como símbolo de su dominio, sino porque todo queda al alcance de su vista. En una ciudad tan corrompida como Gotham, donde la jerarquía de poder es inherente al lugar -tal y como podría serlo en una institución carcelaria-, la visibilidad puede ser una trampa (FOUCAULT, 1986: 204), ya que no solo descubre a los villanos frente a Batman, sino a los propios ciudadanos ante los criminales.

El cambio de estatus de Batman también se traduce en el espacio que ocupa en Gotham. En sus días de gloria, acechaba a los delincuentes desde las cornisas más elevadas de la ciudad. Este patrón se lleva hasta su máxima expresión en Superman, quien también vigila las calles de Metrópolis desde lo más alto, y más allá todavía, ya que sobrevuela la ciudad con sus habilidades que le confieren un poder por encima de toda la humanidad –aunque esta acepción termina en un mero apriorismo, puesto que más tarde acaba siendo una marioneta del Gobierno-. Cuando Batman cae en desgracia y es un fugitivo de la Justicia, se ve obligado a cambiar los tejados por el alcantarillado, la capa más inferior de la ciudad, en lo que es su momento de menor control sobre Gotham. Como Foucault explica, la disposición panóptica “es un tipo de implantación de los cuerpos en el espacio, de distribución de los individuos unos en relación con los otros, de organización jerárquica, de disposición de los centros y de los canales de poder” (1986: 209). Pese a todo, más tarde Batman subvertirá esta arquitectura de poder cuando empiece a retomar Gotham desde abajo, un proceso que culminará venciendo al mayor baluarte de esta verticalidad, encarnada por Superman.

Conviene puntualizar, sin embargo, que la panóptica no es la única articulación de control que participa en Gotham. La biopolítica se integra en esta tecnología disciplinaria, pero sin ceñirse el control del cuerpo en el espacio como hacía ésta, sino que se centra en el ser vivo dentro de dicho espacio. Hablamos del poder sobre las medidas relacionadas con la tasa de mortalidad, la esperanza de vida y los índices de natalidad, por citar solo unos ejemplos; aspectos intrínsecos de la vida y la muerte, pero esta vez no vehiculados al individuo sino a un ente masificado e indiferenciado: la población (FOUCAULT, 2001). Estas medidas regulan el equilibrio de la población pero no corrigen desigualdades entre individuos, con lo cual generarán objetores y partidarios. Éstos participarán en el choque de fuerzas previamente mencionado, el cual se disputará de un modo u otro en función de la distribución espacial urbanística y la relación de los distintos elementos que configuran la ciudad. Esta nueva modalidad de poder propone “hacer vivir y dejar morir” (FOUCAULT, 2001: 223).

Ambas formas de poder –nos referimos a la disciplinaria de la panóptica institucionalizada y a la regulación biopolítica del Estado– son diferentes pero no separadas. Las mismas instituciones sobrepasan su propio marco y entran en el terreno estatal, puesto que emplean instrumentos como la policía, “que es a la vez aparato de disciplina y Estado” (Foucault, 2001: 226). La policía puede actuar al margen del mismo Estado al que sirve. La ficción que nos ocupa referente a Gotham puede servirnos, en ese sentido, de reflejo de la realidad presente. Tal y como hay fuerzas paraestatales –pero estrechamente vinculadas al Estado– que actúan en Brasil, Colombia y otros países, el Superman que aparece en la trilogía de Frank Miller, sin ser exactamente parte de los Cuerpos de Seguridad, cumple como ellos ese doble cometido de disciplina y regulación en Gotham y en todo EE.UU. en nombre del Estado. Hasta los mismos celadores del manicomio Arkham disponen de un armamento más propio de agentes antidisturbios.

En conclusión, las dos maneras de ejercer la regulación de la vigilancia panóptica a la que se refiere Michel Foucault (1986) se basan, en el caso de los cómics de Batman, en la divulgación mediática de unos determinados valores que germinen un efecto de autovigilancia perpetua entre la población y, por otro lado, en la imposición de una serie de leyes y normas bajo la amenaza de una sanción correspondiente.

El misticismo y el espejismo de la libertad individual

Ante las acusaciones de fascista que recibió Frank Miller por su personal recreación del superhéroe, el guionista y dibujante se defendió diciendo que su Batman

“es un personaje casi místico”. La metáfora de los superhéroes con cualidades divinas no es aquí casual. Por ende, era significativo remarcar la naturaleza simbólica de Batman como una excusa para avivar el sentido de rebeldía de las masas contra un sistema social corrupto. En palabras del propio Miller:

Está obligando al mundo a tener sentido. Batman está más allá del bien y del mal: es una fuerza elemental. No sirve pensar en él como si fuera simplemente humano. No puede juzgársele en los mismos términos que utilizaríamos para describir algo que haría un hombre, porque no podemos pensar en él como en un hombre. Sólo funciona como alguien con una cualidad casi religiosa (...). Me resulta muy claro que nuestra sociedad se está suicidando por la falta de una fuerza como ésa. Una incapacidad para enfrentarse a los problemas que hace que todo lo que tenemos se venga abajo. Batman es, pues, un movimiento en el interior de todos nosotros que nos propicia la fuerza necesaria para hacer frente a los problemas de la sociedad (citado por HERNANDO, 2010: 148).

Las alusiones al misticismo enlazan con la definición que establece Umberto Eco (2003) sobre la mitificación de los superhéroes. Para Eco, una mitificación implica una simbolización inconsciente que revierte en un proceso de identificación de un objeto o sujeto con unas finalidades extraordinarias. Supone una proyección de una imagen o representación de unas tendencias de acción y de pensamiento que sirven de modelo social. La mitificación suele emerger en una comunidad, cultura o período histórico determinado para mantenerse con mínimas variaciones a lo largo de generaciones. El proceso inverso –el de la desmitificación– comprende una crisis del valor sacro atribuido a ese objeto, así como a un empobrecimiento de la carga simbólica. Eco sugiere que las representaciones de los superhéroes del cómic no hacen más que evocar la connotación mitificada que inspiraban las estampitas de los santos de la cristiandad. Mientras que a éstos se les asociaba de manera particular con algún milagro concreto que reflejara su idiosincrasia, los superhéroes muestran un poder o una capacidad fuera de lo común.

La principal función de la mitificación es, según lo que afirma Eco, proyectar una imagen que permita establecer un equilibrio psicológico entre los miembros de una comunidad que comparten su culto hacia el objeto o sujeto mitificado. Su desmitificación o la desaparición misma de ese objeto de culto implicaría el final de la comunidad misma, que es lo que de hecho les da su cohesión. Por ende, una comunidad necesita de sus mitos para sostenerse, pues ejemplifican un modo de pensar y de obrar. Sin ellos, no existe norte ni concierto. Este rechazo contra Batman es lo que, en la trilogía analizada (MILLER y JANSON, 2017; MILLER y VARLEY, 2005; MILLER *et al.*, 2020), azuza a la masa a rebelarse contra el sistema policial e incluso militar que se cierne sobre la ciudad de Gotham.

Según Eco (2003), el poder se ejerce sobre el sujeto heterodigido haciéndole creer que éste es libre de someterse al mismo y que es su propia voluntad la que decide obedecer a tal gobierno a cambio de una seguridad y confortabilidad paternalista. La iglesia católica habría ejercido su influencia de forma similar, otorgando inconscientemente el asentamiento del mito divino como juez supremo de las acciones y de los pensamientos de toda la comunidad, mientras que sus feligreses se habrían sometido voluntariamente – generalmente por temor al pecado, miedo a la propia debilidad del alma o al eterno castigo de Dios– a la reafirmación continua de una persuasión radical. Es decir, a la idea autoconvenida de que la existencia divina ejercía un orden en todas las cosas porque velaba para que dicho orden no se corrompiera. Al destituir al superhéroe y convertirle en proscrito, estarían así sentenciando a toda una comunidad a perder su propia vinculación con el modelo.

En la trilogía de cómics analizada, las autoridades políticas deciden suprimir su apoyo a los superhéroes –a excepción de Superman, que queda en la reserva como arma militar definitiva– porque se asume la nueva realidad como una época de felicidad ciudadana. En el transcurrir de estas historias se sobreentiende que por tal se acepta la obediencia acrítica de los ciudadanos, siendo Gotham un reflejo de ello. Pero cuando surgen inconvenientes no previstos por el poder, la misma teoría de la felicidad que supuestamente daba sentido a esa realidad social –o, en otras palabras, aquello que fomenta el progreso– será reconvertida interesadamente en una teoría de la infelicidad, justificando de este modo que la aparición de elementos de desorden público –es decir, lo que fomenta la catástrofe– es lo que promueve la instauración de un estado represivo (BRINKMAN-CLARK, 2013). La comisaria Ellen Yindel admite que su repulsa a aceptar la intervención de Batman en los asuntos policiales se debe principalmente a que el sentido de la autoridad en Gotham había caído en tal descrédito que se hacía necesario forzosamente a confiar en un vigilante enmascarado. Sin embargo, ante un momento de crisis masiva una parte significativa de los ciudadanos que habían sido marginados y por tanto desprovistos de derechos, no toleraban el ejercicio de un poder impuesto sumariamente, sino que por el contrario solicitaron la reaparición de Batman con la intención de sublevar a las masas para recuperar su propio sentido del deber.

A lo largo de toda la trilogía, aparecen constantes heterotopías en los márgenes de la gubernamentalidad de Gotham, las cuales acontecen como desviación de la norma. Los ciudadanos que hasta entonces se movían en la marginalidad crean su propia heterotopía, mientras las autoridades represivas tratan de configurar la suya perfilando los bordes que

aquellos no deben sobrepasar. En el fondo, esta trilogía de *comic-books* parece sugerir que, para garantizar un *statu quo*, es necesario aceptar una cierta permisividad interesada para que cada cual –superhéroes, policías, militares– ejerza su propio gobierno en su heterotopía particular dentro del conjunto urbano de Gotham.

Al respecto, Brinkman-Clark (2013: 150) se sirve de una cita de Jacques Derrida para recordar que, muerto el rey, un cambio de soberanía que otorgue de poder al pueblo no genera una nueva forma de gobierno, sino que repite la misma estructura porque, aunque se destruyan los muros de una ciudad, “no se deconstruye el modelo arquitectural” que lo concierne, refiriéndose al ejercicio panóptico de un poder que sirve para la propia auto-regulación de la ciudadanía. Para ello no hace falta una autoridad oficial, sino la idea –sea ésta fundada o no– de que existe un vigilante que garantice el *statu quo*.

Conclusiones

El presente trabajo intentó mostrar las diversas relaciones que pueden existir dentro de un mismo espacio –como es la ficticia ciudad de Gotham– y las técnicas de poder a través de la estructuración arquitectónica y urbanística con la que se pretendería ordenar un territorio y a sus propios habitantes, según el paradigma de gubernamentalidad que proponen las teorías de Michel Foucault.

El análisis de la trilogía de *comic-books* que centra este trabajo (MILLER y JANSON, 2017; MILLER y VARLEY, 2005; MILLER *et al.*, 2020) culmina con la construcción de una heteronomía que constituirá una nueva forma de gobierno a través del reclamo de un vigilante para la ciudad. La obra de Michel Foucault permitió argumentar las razones del fracaso al imponer un urbanismo disciplinar para modificar la conducta de los habitantes de Gotham mediante técnicas panópticas y la arquitecturización del espacio urbano estructurándolo estratégicamente con la propia edificación que divide la ciudad. Por un lado, en la trilogía mencionada de *comic-books* emerge el modelo disciplinario que propone la interpretación de la ciudad de Gotham como un gran panóptico de autovigilancia. Por otro lado, la perspectiva biopolítica a la que hace referencia Foucault se dirige más bien al análisis de los actos poblacionales en un momento de crisis gubernamental.

Al respecto, el dispositivo panóptico de vigilancia que se legitimará finalmente en la citada serie de Batman, alcanza su punto culminante en la presencia indisimulada de superhéroes justicieros que velen por la seguridad ciudadana, aunque sea al margen de la

ley. La moraleja que trasciende es, en el fondo, un anhelo por el regreso a una sociedad más vinculada a la sacralidad de los vigilantes, imbuidos en la serie de *comic-books* analizada de una vena mística muy evidente. Para llegar a ello, la ciudad de Gotham tendrá que verse inmersa en una gran crisis social que ponga en entredicho los límites de su gobierno, creándose un continuo de heterotopías a modo de reacción con el fin de restituir de nuevo el orden social.

Sin duda, el surgimiento aquí de nuevas heterotopías prueba el fracaso de tal disposición gubernamental. Por una parte, no se contaba con el cielo como posible lugar heterotópico –donde se sitúa la vigilancia superheroica de Superman, revestida con un aura de divinidad–; por otra parte, tampoco se contó con el subsuelo –donde mora Batman y la banda de marginales que componen su propio feudo alternativo–. Además, las heterotopías resultantes dotarán de mayor visibilidad a determinados sectores de la población que hasta entonces habían quedado marginados o silenciados por un ostracismo forzoso. Así, la puesta en escena de dichas heterotopías no sólo reintroduce y dota de significación a los agentes que las promueven, sino que también impugnan el sistema de gobierno aportando un modelo alternativo.

Este análisis pone en al descubierto que el objetivo del urbanismo disciplinar no es sólo el de arquitecturar un espacio para normalizar y controlar a sus habitantes mediante dispositivos de vigilancia. En cambio, se sugiere que el urbanismo biopolítico introduce formas de control del espacio abierto que, asimismo, condicionan modelos de participación ciudadana. De hecho, los *comic-books* que han servido de base para este análisis se centran en un caso de crisis social que surge de un choque de fuerzas por hacerse con el empoderamiento ciudadano mediante el reclamo de un nuevo vigilante legitimado por los habitantes de Gotham y no por las instituciones de poder legal. En las historietas analizadas, el surgimiento de heterotopías supone una revuelta de los ciudadanos más marginados de Gotham, encabezados por Batman, con el objeto de derrocar al poder autoritario que se erige como único salvador válido de la ciudad. Para León y Urabayen (2018: 211-212), la libertad a la que se refiere Foucault no es más que “el correlato de la introducción de los dispositivos de seguridad”, pero en el caso que centra nuestro estudio es la reivindicación de los nuevos dioses que encarnan los superhéroes para ocupar la plaza de vigilantes allá donde las fuerzas de gobierno no pudieron ser efectivas ante amenazas más desaforadas.

Bibliografía

- BENTHAM, Jeremy. *Panóptico*. Madrid: Círculo de Bellas Artes, 2011.
- BRINKMAN-CLARK, William. Ciudad Gótica, ciudad concepto: una historia de dos ciudades. *Historia y Grafía*, vol. 21, nº 4, 2013.
- ECO, Umberto. *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Tusquets, 2003.
- FOUCAULT, Micehl. *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, 1986.
- FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- FOUCAULT, Michel. *El poder psiquiátrico*. Madrid: Akal, 2005.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- FOUCAULT, Michel. Topologías. *Fractal*, nº 48, 2008.
- FOUCAULT, Michel. Los espacios otros. *Fotocopioteca*, nº 43, 2014.
- FOUCAULT, Michel. *Enfermedad mental y psicología*. Barcelona: Paidós, 2016.
- GUTIÉRREZ, Fernando. Mecanismos de control y poder: El Panóptico de Bentham bajo la interpretación de Foucault y Lacan. *RUA*, vol. 7, nº 13, 2015.
- HERNÁNDEZ CANO, Eduardo. Nuevo orden mundial. Narraciones sobre el poder y superhéroes en el cómic mainstream estadounidense. *Extravío*, vol. 4, 2009.
- HERNANDO, David. Batman. *El resto es silencio*. Palma de Mallorca: Dolmen, 2010.
- LEÓN, Jorge y URABAYEN, Julia. Espacio, poder y gubernamentalidad. Arquitectura y urbanismo en la obra de Foucault. *Anales del Instituto de Investigaciones Estética*, vol. 11, nº 112, 2018.
- LUKIC, Marko. Gazing over chaos: panoptic reflections of Gotham and the failure of the dispositive. Sic: časopis za književnost, kulturu i književno prevođenje, vol. 9, nº 1, 2018.
- MAROTO, Carlos Díaz y ALBORECA, Luis Felipe. Batman. *De Bob Kane a Joel Schumacher*. Madrid: Nuer, 1999.
- MILLER, Frank, AZZARELLO, Brian y KUBERT, Andy. *La Raza Superior*. Barcelona: ECC, 2020 (Original de 2016).
- MILLER, Frank y JANSON, Klaus. *El Regreso del Caballero Oscuro*. Barcelona: ECC, 2017 (Original de 1986).
- MILLER, Frank y VARLEY, Lynn. *El Señor de la Noche Contraataca*. Barcelona: Norma, 2005 (Original de 2001).
- MOORE, Alan y GIBBONS, Dave. *Watchmen*. Barcelona: ECC, 2013 (Original de 1987).
- PEREA, Sergio Antonio. Estrategias para entender la ciudad a partir del concepto de heterotopías. *Revista de Arquitectura*, vol. 10, 2008.

- PÉREZ, Francisco. Psiquiatría y censura en el cómic estadounidense. Fredric Wertham y la seducción del inocente. *Revista de Historia de la Psicología*, vol. 30, nº 2-3, 301-309, 2009.
- POSADA, Juan Esteban. El gobierno urbano: indagaciones alrededor de las heterotopías innovadoras. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, vol. 7, nº 13, 2014.
- RAMOS-BRIEVA, Jesús Antonio. *Batman visto por un psiquiatra*. Madrid: Jarpyo Editores, 2000.
- SKOBLE, Aeon. Revisionismo de superhéroes en *Watchmen* y *The Dark Knight Returns*. En Morris, Tom y Morris, Matt (eds.) *Los superhéroes y la filosofía*. Barcelona: Blackie Books, 2017.
- TORO-ZAMBRANO, María Cristina. El concepto de heterotopía en Michel Foucault. *Cuestiones de Filosofía*, vol. 21, nº 3, 2017.

Iván Sánchez-Moreno

Doctor en Psicología. Ha desempeñado labores como docente para la Universitat de Barcelona, la Universitat Oberta de Catalunya, la Universidad Internacional de La Rioja y la Universitat Ramon LLull. Posgraduado en Historia Comparada y Psicología por la Universidade Federal de Rio de Janeiro y la Universidade Federal Fluminense. Miembro del Grup d'Història de Nou Barris y del Grup d'Investigacions Film-Història, vinculado a la Universitat de Barcelona.

Email: ivan.samo@gmail.com

Orcid: [0000-0003-0382-6310](https://orcid.org/0000-0003-0382-6310)

Daniel Salvador

Psicólogo General Sanitario. Ha desempeñado labores como psicoterapeuta para Psicocentre Salusment. También ejerció como psicopedagogo para Kumon. Máster en Psicología General Sanitaria y posgraduado en Actuación Clínica y Psicoanálisis por la Universitat de Barcelona.

Email: dani92sg@gmail.com

Orcid: [0000-0002-6881-3548](https://orcid.org/0000-0002-6881-3548)